

NOTAS AL MARGEN

LOS ORÍGENES
DE «CULTURA»

De López de Mesa, nuestro Director y nuestro guía espiritual, no es posible desperdiciar ni aun sus más íntimas cartas, ya que los intensos estudios, promesas de fecundas cosechas futuras, a que se encuentra dedicado en Boston, no le permiten colaborar en nuestra Revista con la frecuencia que todos anhelamos. Por esto hemos pedido permiso a nuestro querido amigo Alberto Coradine para publicar la carta que el último correo le trajo. López de Mesa en ella recuerda los momentos que precedieron a la aparición de CULTURA, el espíritu en que ella nació, y con la gentileza que le es peculiar dedica a cada uno de sus redactores frases cariñosas y altamente honrosas por venir de quien, como él, es considerado en CULTURA como el maestro, como el eje, como el alma de la Revista.

Hé aquí la carta:

57 Fenwood Road.—Boston, junio 1.^o de 1917.

Mi querido Alberto:

No se imaginará usted la grande complacencia que me ha dado su noticia de que CULTURA reapareció con Gustavo Santos y Agustín Nieto Caballero a la cabeza de su Redacción. Todo lo que a ella concierne me llena de entusiasmo. ¿Recuerda usted aquellas deliciosas pláticas para su bautismo? Eran en casa de nuestros queridísimos amigos los Nietos Caballeros, y en el cuarto de estudio de Agustín, repleto de libros encantadores que yo veía a hurtadillas con una imposible gana de sabérmelos ya... ¡pobre de mí! Usted, que sabe de griegos y latines, presentó un nombre de aristocrática factura y buen significativo: «Lecta.» Naturalmente era ganarse el voto de Ciro Molina Garcés, ese otro que conversaba con usted—con gran escán-

dalo de mi ignorancia—sobre diferencias, privilegios y maravillas de los dialectos jónico y dórico, sobre la casticidad de Horacio y de Virgilio, y no sé yo qué más cabalismos de alta cultura. Por mi parte me tenía pensando un nombre hacia ya cosa de cinco años—¡y esto si no lo sabe ninguno todavía, porque era quererles ganar con premeditación, era casi traicionarlos! y este nombre, usted lo recordará, fue «Biblos.» Quién dijo cosa tal: Alfonso Palau, Manuel A. Carvajal, Melitón Escobar Larrazabal, Raimundo Rivas, etc., todos casi, comprendieron de una ojeada el lado flaco de los nombres eruditos, y con aquella dulce manera de sus caracteres nos derrotaron en toda la linea; y usted y yo—no lo niegue ya, hombre—volvimos a casa repitiendo «Lecta» y «Biblos» en el fondo de nuestros corazones.

«Horizontes» vino después a la palestra, apadrinado por Raimundo, si no recuerdo mal, y aceptado por todos al primer instante. Mas ello fue que a la hora de los refrescos, quizá D.^a María de Nieto Caballero, quizá D.^a Paulina de Cano, usted lo recordará mejor talvez, le dieron un golpe mortal: dos revistas se llamaban ya con ese nombre, una de las cuales, la redactada por RR. PP. Jesuítas de Bucaramanga, había de cavilar más tarde en contra de mis opiniones filosóficas. Luego ocurrimos al término «Revista,» adjetivándolo de todas las maneras imaginables, sin que ninguna nos entusiasmara, y, antes bien, todas murieron entre el delicioso reír conque reímos de aquella anécdota de D. Miguel Antonio Caro con D. Eduardo Santos y Tomás Rueda Vargas: pasaban éstos por los mismos apuros de cristianar una revista—primicia de sus entusiasmos juveniles—y fatigados de una búsqueda infructuosa la denominaron desenfadadamente «La Revista,» por lo cual el señor Caro le puso los santos óleos de esta manera: esto de «La Revista» me recuerda aquel caso de un matrimonio que tras largas discusiones sobre el nombre que habrían de darle a un su primogénito acabaron por resolver las dificultades llamándole por todo nombre «El Niño.» El incidente era ejemplar a más de oportunísimo; y yo no sé ya cómo ni cuándo, ni por quién el nombre de CULTURA

apareció. Tenía su defectillo de presunción que muy mucho nos mortificaba a todos, pero que yo logré encubrirles con aquel sofisma de que había que ser orgullosos en hidalga oportunidad.

Mas no pararon ahí nuestras dificultades. Usted fue el primero en decirnos: «Y la portada?...» Cosa fácil, dije yo: será un arco trunco que indique algo en construcción; y dibujé un imposible mamarracho que materializara esa idea. ¡Dios me asista si he de volver a dibujar sin saber ante quien lo voy haciendo! Al día siguiente se me apareció usted y me dejó caviloso y aturrido: algo con reminiscencias de un friso del partenón, pero simbólico de suyo también, con una cabalgata de luchadores que surgía del éter indefinible, del pálido éter de un más allá, había hecho usted con buena pluma de dibujar y tinta indeleble. Recuerda? Por toda contestación le dije: devuélvame usted inmediatamente mis borradores, querido maestro y señor.

Esto me acabó de desconcertar en esa compañía de ustedes. Y cómo nó? Había oído conversar a Raimundo Rivas y a Tomás Rueda Vargas de historia, y esta vez si fue cierto: tuve que callar, no diré en todas las lenguas que sabía, sino en puro castellano. Otra vez oí a Alfonso Palau y a Melitón Escobar Larrazabal —nuestro queridísimo Milo—tratar de economía política y de finanzas, el primero desde un punto de vista jurídico y desde un punto de vista matemático el segundo y tampoco pude meter baza entonces. Manuel A. Carvajal se conocía a su vez de memoria y con muy buena crítica razonada medio mundo de literatos y políticos antiguos y contemporáneos: si yo me acordaba de un nombre, él se acordaba de un libro: y ¡vamos! me hacía de pronto unas preguntas que me dejaban consultando el reloj para disculpar silencios fatales. A usted le envié allá interiormente porque conversaba con todos ellos muy a sus anchas, sobre todo cuando discurría con Agustín Nieto Caballero sobre tesis de educación y nuevos sistemas pedagógicos. Cuestiones de Paidología... ¿Recuerda el entusiasmo de Agustín? El acababa de visitar medio mundo europeo y estaba empeñado—ya va triunfando—

en traernos parte de la eficacia educationista que él había visto y vivido.

Alberto Aparicio representaba en nuestro grupo la vocación jurídica con toda aquella ecuanimidad y disciplinado criterio que le han llevado a los altos puestos que ha venido desempeñando en el ramo judicial.

A Miguel Santiago Valencia correspondía la sección de teatro, por derecho adquirido con su gusto bien educado ya y las capacidades que atestiguaba su alta comedia de crítica social intitulada "Madame Adela," y más que todo por aquella su "Gitana," cuento dramático que es una exquisita miniatura de arte.

Quedé yo con tales conocimientos como quien dice en el aire de mi propia poquedad. Para desconcierto mayor eran de nuestro cenáculo—hermanos legos con voz y con voto, y con todo nuestro cariño también—Eduardo Santos, Luis Cano y Luis Eduardo Nieto Caballero. Ellos no podían ser de la Redacción entonces porque estaban peleando su buena pelea, como diría el apóstol, en las ardientes fraguas de Vulcano, de una política que no permite tranquilidad ni reposo.

El tercer paso para el advenimiento de CULTURA fue el de darle un Director. Quién había de ser? Uno cualquiera de nuestros amigos, tomado al acaso, convendría perfectamente. Pero recurrimos al sistema electoral. Yo voté por usted. Eso sí, yo era el más parlero, y como aún no conocían la poquedad de mi conocer, me eligieron, con muy peligroso error. Allá en mis adentros yo vi una lógica en este camino de la dirección sin embargo, y me dije—tampoco esto lo supieron ustedes: pues que he de servir tan poco, sirva yo siquiera de conexión y enlace de sus capacidades. Y así fue como vine a ser Director de CULTURA.

¿Y todo lo demás que antes y después ocurrió? ¿Recuerda nuestras pláticas y combinaciones allá en la Rectaría del Gimnasio Moderno? No puedo olvidar que CULTURA y el Gimnasio Moderno fueron hermanos de pensamiento y de acción, y que siempre han conservado su noble

fraternidad. Allá usted me dio muchas ideas: allá conocí a Agustín Nieto Caballero; allá traté a Gustavo Santos, nuestro actual Director, el Benjamin, el último en llegar, y ya usted ve cuán bellas sus obras y cuán bellas son sus aspiraciones también. Mas déjeme usted estos recuerdos para otra ocasión. ¡Gozo tanto con ellos!

Y usted perdón si van tantas cuartillas, porque ha de saber que de lejos es muy grato rememorar.

Sea muy feliz, y trabaje mucho por la tierra.

Suyo afectísimo,

LUIS LOPEZ DE MESA

LAS CONFERENCIAS

DE «CULTURA»

Poco a poco vamos realizando todos nuestros ideales. Hace dos números inauguramos el suplemento ilustrado. Hoy ya podemos anunciar de manera definitiva la realización de otro de nuestros proyectos, acaso el que más nos seducía: la creación de un centro de conferencias.

En realidad CULTURA no ha sido sino el lazo de unión de mil voluntades, todas igualmente bien dispuestas, todas deseosas de contribuir a la labor que iniciábamos y que desde el primer momento se presentó bajo los mejores auspicios. Véase si no la manera gentil como D. José María Samper allanó el primer obstáculo que se presentaba a nuestro proyecto: la consecución de un salón para dictar las conferencias. Tan pronto como aquel ciudadano benemérito tuvo conocimiento de nuestros propósitos, dirigió a los Directores de CULTURA la carta que reproducimos en seguida junto con la respuesta de éstos:

Bogotá junio 23 de 1917

Señores Agustín Nieto Caballero y Gustavo Santos - E. L. C.

Estimados señores y amigos:

Es para mí un honor poner a disposición de ustedes la Sala Santiago Samper para instalar las conferencias de cultura social que ustedes están organizando. Nada sería